

Poder infraestructural y gubernamentalidad algorítmica en la era del capitalismo digital¹

Infrastructural Power and Algorithmic Governmentality in the Era of Digital Capitalism

JORGE OROVITZ SANMARTINO

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), FSOC-UBA, Argentina
jorgeorovitz@gmail.com



Declaración de interés:

Nada para declarar.

<https://doi.org/10.46468/rsaap.20.1.a6>

Resumen: El artículo analiza el poder infraestructural del Estado y la gubernamentalidad algorítmica en la era del capitalismo digital, un régimen caracterizado por la centralidad de los datos, los algoritmos y las plataformas digitales. A través de un diálogo teórico entre Michael Mann, Michel Foucault y otros autores, se examina cómo el capitalismo digital transforma las dinámicas de poder, consolidando un modelo de gubernamentalidad que combina control técnico-administrativo con modulación algorítmica de los comportamientos. Se argumenta que, bajo el capitalismo digital, el poder infraestructural del Estado se redefine mediante una dualidad: mientras se fortalece en su dimensión técnica y administrativa, su dimensión política pierde legitimidad, acelerando la consolidación del neoliberalismo autoritario. Este análisis enfatiza la coevolución histórica y estructural de lógicas económicas, técnicas y políticas, y reconoce la variabilidad de estas dinámicas según contextos históricos e institucionales.

Palabras clave: Poder infraestructural – Estado – Gubernamentalidad Algorítmica – Capitalismo Digital

Abstract: The article analyzes the infrastructural power of the state and algorithmic governmentality in the era of digital capitalism, a regime characterized by the centrality of data, algorithms, and digital platforms. Through a theoretical dialogue between Michael Mann, Michel Foucault, and other scholars, it examines how digital capitalism transforms power dynamics, consolidating a model of governmentality that combines technical-administrative control with the algorithmic modulation of behaviors. The argument is made that under digital capitalism, the infrastructural power of the state is redefined through a duality: while its technical and administrative dimension is strengthened, its political dimension loses legitimacy, accelerating the consolidation of authoritarian neoliberalism. This analysis emphasizes the historical and structural co-evolution of economic, technical, and political logics, while acknowledging that these dynamics vary across historical, institutional, and geopolitical contexts.

Keywords: Infrastructural Power – State – Algorithmic Governmentality – Digital Capitalism

¹ Artículo recibido el 27 de enero de 2025 y aceptado para su publicación el 11 de mayo de 2026.

1. Introducción

Las transformaciones asociadas al capitalismo digital han reconfigurado de manera profunda las relaciones entre el Estado, las corporaciones tecnológicas y la ciudadanía. La centralidad de los datos, los algoritmos y las plataformas digitales ha dado lugar a nuevas formas de ejercicio del poder, caracterizadas por la modulación continua de comportamientos, la vigilancia permanente y la mercantilización de dimensiones crecientes de la vida social. En este contexto, diversos autores han advertido sobre la erosión del espacio público y el debilitamiento de la legitimidad democrática, asociados a lógicas algorítmicas orientadas a maximizar la atención, la interacción y la rentabilidad económica.

La literatura crítica sobre el capitalismo digital ha puesto el acento, por un lado, en el poder de las grandes corporaciones tecnológicas y en los efectos del capitalismo de vigilancia sobre la autonomía individual y la democracia (Couldry y Mejías, 2022; Morozov, 2013; Zuboff, 2020), privilegiando una mirada centrada en las lógicas de mercado y de extracción de datos. Por otro lado, los enfoques clásicos sobre el Estado y sus capacidades, en particular aquellos centrados en el concepto de poder infraestructural desarrollado por Michael Mann, han analizado la capacidad estatal para penetrar y organizar la sociedad, pero sin incorporar plenamente las dinámicas algorítmicas propias del capitalismo digital. A su vez, las perspectivas foucaultianas sobre la gubernamentalidad permiten comprender las formas contemporáneas de control y regulación de las conductas, aunque tienden a relegar el análisis del Estado como actor infraestructural central. Esta fragmentación analítica deja abierta la necesidad de un enfoque que articule estas tradiciones para comprender las transformaciones actuales del poder estatal.

A partir de este diagnóstico, el presente artículo se propone analizar cómo el capitalismo digital reconfigura el poder infraestructural del Estado y cuáles son las implicancias de esta reconfiguración para la legitimidad política y el funcionamiento del espacio público democrático. La pregunta de investigación que guía el trabajo es: ¿de qué manera las lógicas algorítmicas propias del capitalismo digital inciden en la relación entre el poder infraestructural del Estado y su capacidad de legitimación política? En este sentido, el artículo no se presenta como un estudio metodológico sobre la obra de Michael Mann, sino como un análisis sustantivo de las transformaciones del poder estatal contemporáneo, utilizando sus conceptos —en diálogo con la noción foucaultiana de gubernamentalidad y los aportes críticos sobre capitalismo digital— como herramientas analíticas.

Este trabajo no propone un análisis comparativo sistemático entre países ni una tipología empírica de regímenes de vigilancia digital. Su objetivo es identificar tendencias estructurales del capitalismo digital y del poder estatal que operan de manera diferencial según contextos históricos, institucionales y geopolíticos. Las modalidades concretas que asumen la gubernamentalidad algorítmica y el poder infraestructural varían significativamente entre Estados centrales y periféricos, así como entre regímenes democráticos y autoritarios, pero dichas variaciones no invalidan la existencia de una convergencia estructural entre lógicas de acumulación basadas en datos y racionalidades de gobierno orientadas al control y la modulación de las poblaciones.

Este trabajo no sostiene una relación causal unidireccional entre el desarrollo del capitalismo digital, la expansión de la vigilancia algorítmica y el avance de formas de neoliberalismo autoritario. Por el contrario, parte de la hipótesis de que estos procesos deben ser comprendidos como una convergencia histórica y estructural entre lógicas económicas, técnicas y políticas que coevolucionan y se refuerzan mutuamente. El capitalismo de plataformas y las formas contemporáneas de autoritarismo neoliberal no se explican uno por el otro, sino que pueden entenderse como el resultado de una afinidad estructural entre un régimen de acumulación basado en datos y una racionalidad de gobierno orientada al control, la despoltización y la gestión técnica de las poblaciones.

Desde esta perspectiva, el fortalecimiento del poder infraestructural del Estado no aparece como el resultado exclusivo de una estrategia autoritaria deliberada ni como una consecuencia automática del desarrollo tecnológico, sino como el efecto de un proceso de articulación progresiva entre capacidades estatales, infraestructuras privadas y tecnologías algorítmicas, cuyas implicancias políticas y democráticas constituyen el núcleo del análisis.

La hipótesis que orienta el trabajo sostiene que, bajo el capitalismo digital, los mecanismos algorítmicos de monetización tienden a reforzar la dimensión técnico-administrativa del poder infraestructural del Estado mediante tecnologías de vigilancia, gestión de datos y modulación de conductas, mientras que erosionan su dimensión político-legitimadora, contribuyendo a la deformación del espacio público y a la consolidación de dinámicas de neoliberalismo autoritario. Desde esta perspectiva, el artículo busca aportar a los debates contemporáneos sobre el Estado, la democracia y el poder en la era digital, proponiendo una articulación teórica que permita comprender tanto las nuevas capacidades estatales como sus límites políticos y normativos.

Desde el punto de vista metodológico, el artículo adopta un enfoque teórico-conceptual de carácter interpretativo, basado en la revisión crítica y la articulación de literatura especializada. No se trata de un estudio empírico ni comparativo, sino de un análisis orientado a reconstruir tendencias estructurales del poder estatal en el contexto del capitalismo digital.

Los casos mencionados a lo largo del artículo no constituyen evidencia empírica sistemática ni estudios de caso en sentido estricto, sino que se utilizan con fines ilustrativos para ejemplificar tendencias teóricas previamente identificadas. En este sentido, su función es analítica y no demostrativa, orientada a mostrar la operatividad concreta de los procesos conceptuales desarrollados.

El artículo propone, como aporte teórico, una reinterpretación del concepto de poder infraestructural de Michael Mann a partir de la distinción analítica entre una dimensión técnico-administrativa y una dimensión político-legitimadora. Esta distinción no se encuentra formulada explícitamente en la obra de Mann, pero se desprende de su análisis y es aquí desarrollada como una herramienta conceptual para examinar las transformaciones del poder estatal en el contexto del capitalismo digital.

2. Michael Mann y el poder infraestructural

Uno de los conceptos más influyentes de Michael Mann es el de ‘poder infraestructural’. Una aproximación sustancial al concepto lo vuelca en su artículo “El poder autónomo del Estado: sus orígenes, mecanismos y resultados” (2007). Mann distingue el poder despótico del infraestructural. El primero atañe al abanico de acciones que la élite estatal tiene facultad de emprender sin el consentimiento de la sociedad civil. Está asociado, por supuesto, al ejercicio de la coacción. El segundo es la capacidad del Estado para penetrar realmente la sociedad civil y poner en ejecución logísticamente las decisiones políticas por todo el país. El poder infraestructural está fuertemente desarrollado en todas las sociedades industriales y las democracias de occidente. En su artículo, Mann sostiene que:

Podemos denominar poder infraestructural, a la capacidad del Estado para penetrar realmente la sociedad civil y poner en ejecución logísticamente las decisiones políticas por todo el país.

Ésta era comparativamente débil en las sociedades históricas recién mencionadas: una vez que te hallabas fuera de la vista de la Reina de Corazones, ésta tenía dificultad en alcanzarte. Pero está fuertemente desarrollada en todas las sociedades industriales. (p. 92)

Desde el siglo XIX, con el surgimiento del Estado moderno, las instituciones poseen capacidades crecientes de intervención y regulación de la vida social a partir de un aparato burocrático centralizado. El Estado expandió no solo su tamaño, sino también su alcance y la capacidad de coordinación.

El concepto de poder infraestructural dio lugar a una extensa literatura sobre capacidades estatales que ha enfatizado tanto los recursos organizativos y logísticos del Estado como las capacidades legitimadoras y de integración social en la emergencia de una sociedad de masas (Goldstone; 2006; Soifer, 2008).

En este marco, Mann (2008) asocia el desarrollo del Estado moderno y de la administración burocrática con una transformación de la relación entre Estado y sociedad, caracterizada por una mayor penetración infraestructural y una creciente, aunque conflictiva, demanda de representación política.

En la medida en que el poder infraestructural avanza en detrimento del poder despótico, el Estado se vuelve más poderoso y extiende su alcance sobre nuevas dimensiones de la vida social, pero al mismo tiempo se transforma, se hace más permeable a las presiones sociales y enfrenta tensiones en su coherencia interna. Aunque Mann no establece una distinción analítica estricta, utiliza alternativamente una definición más técnica y una más política para describir las mutaciones del poder estatal y de la relación Estado-sociedad en la modernidad.

Desde esta perspectiva, el poder infraestructural no se limita a las infraestructuras logísticas o administrativas tradicionales, sino que abarca también sistemas de educación, salud, seguridad, control poblacional, producción estadística y redes de poder económico y financiero. Este carácter expansivo del concepto permite pensarlo como un complemento analítico de la noción foucaultiana de gubernamentalidad, que será desarrollada en el apartado siguiente, especialmente para analizar las transformaciones del poder estatal en el contexto del capitalismo digital.

3. Foucault: De la disciplina a la gubernamentalidad

El concepto de poder infraestructural propuesto por Michael Mann remite, por afinidad conceptual, a la noción foucaultiana de gubernamentalidad. Si bien no se trata de conceptos equivalentes, ambos pueden pensarse como complementarios para el análisis del ejercicio del poder en las sociedades modernas. Mientras Mann centra su atención en las capacidades organizativas, logísticas y administrativas del Estado, Foucault se interesa por las formas en que el poder se ejerce a través de prácticas, saberes, instituciones y tecnologías que estructuran las conductas individuales y colectivas. Para los fines de esta indagación, la noción de gubernamentalidad resulta decisiva para comprender las modalidades contemporáneas de regulación social.

En este trabajo, la analítica foucaultiana de la gubernamentalidad es abordada desde una lectura que enfatiza los desarrollos de sus cursos tardíos, en los que el problema del gobierno, del Estado y de la economía política adquiere un lugar central. Siguiendo interpretaciones como la de Bob Jessop (2007), este desplazamiento no implica una ruptura con los análisis previos del poder, sino una reorientación hacia el estudio del Estado como un efecto histórico y un terreno estratégico donde se condensan y rearticulan relaciones de poder previamente dispersas. Esta lectura permite situar a Foucault en un diálogo implícito —aunque crítico— con la tradición marxista, particularmente en lo relativo a la imbricación entre formas de gobierno, acumulación capitalista y gestión de la población. Lejos de proponer una teoría del Estado en sentido clásico, la noción de gubernamentalidad ofrece así herramientas analíticas para pensar las capacidades estatales sin reificarlas, lo que habilita su articulación con enfoques relacionales del poder estatal como el desarrollado por Michael Mann.

La teoría foucaultiana del poder se caracteriza por un desplazamiento respecto de las concepciones clásicas de la filosofía política moderna, que identificaban el poder principalmente con la soberanía, entendida como la capacidad del monarca para ejercer un control centralizado y directo sobre los sujetos. En este modelo, predominante entre los siglos XV y XVIII, el poder se expresaba fundamentalmente a través de la ley, la prohibición y el castigo. Foucault denomina a esta forma de ejercicio del poder “soberanía”, asociada a la facultad de hacer morir o dejar vivir.

En *Seguridad, territorio, población*, Foucault (2006) analiza el pasaje desde este modelo soberano hacia formas de poder centradas en la disciplina y, posteriormente, hacia una racionalidad de gobierno orientada

a la gestión de la población. Estas formas de poder —soberanía, disciplina y biopolítica— no deben entenderse como etapas sucesivas que se reemplazan entre sí, sino como lógicas que coexisten, se superponen y se articulan de manera contingente en distintos contextos históricos.

Mientras la disciplina se ejerce sobre cuerpos individuales mediante dispositivos institucionales cerrados y prácticas correctivas, las tecnologías de seguridad introducen una lógica diferente, basada en la regulación de procesos colectivos, la gestión de riesgos y el cálculo de probabilidades. En este contexto emerge la biopolítica, entendida como una forma de poder que tiene por objeto la vida de la población y que se ocupa de fenómenos como la natalidad, la mortalidad, la salud, la vivienda y la esperanza de vida.

Este desplazamiento da lugar a lo que Foucault denomina gubernamentalidad: una racionalidad política que articula saberes, técnicas y dispositivos orientados a conducir las conductas sin recurrir necesariamente a la coerción directa. La gubernamentalidad implica una forma de poder que opera a través de la producción de conocimientos, la elaboración de estadísticas, la definición de normas y la difusión de regímenes de verdad que orientan las prácticas sociales.

Siguiendo a Foucault (2006, 2007), la gubernamentalidad no remite exclusivamente al Estado ni a una técnica unificada de dominación, sino a un conjunto heterogéneo de racionalidades, dispositivos y prácticas de gobierno que atraviesan tanto instituciones públicas como actores privados. Del mismo modo, el despliegue de tecnologías biopolíticas no implica la desaparición de la soberanía ni de la violencia estatal, sino su coexistencia y articulación con otras formas de ejercicio del poder.

En este sentido, la gubernamentalidad algorítmica no sustituye a las formas clásicas de coerción, sino que se superpone a ellas, reorganizando el ejercicio del poder mediante dispositivos de anticipación, clasificación y modulación de conductas.

En *El nacimiento de la biopolítica*, Foucault (2007) profundiza este análisis al examinar la emergencia de una “nueva racionalidad estatal” asociada al neoliberalismo. Esta racionalidad extiende la lógica del mercado a la gestión de la vida social y redefine las formas de intervención estatal. El gobierno ya no se ejerce principalmente mediante la imposición directa de normas, sino a través de dispositivos que regulan conductas de manera indirecta, promoviendo la autogestión, la responsabilidad individual y la adaptación de los sujetos a determinados marcos de acción. En este sentido, la gubernamentalidad neoliberal se apoya en tecnologías de seguridad que calculan, prevén y modulan comportamientos, articulando poder, saber y economía.

La gubernamentalidad como una racionalidad de gobierno que atraviesa tanto al Estado como a una multiplicidad de actores e instituciones, y que no puede reducirse a una técnica estatal en sentido estricto, implica así una forma de control que administra la vida en sus múltiples dimensiones: produce estadísticas, calcula riesgos, regula poblaciones, difunde conocimientos y orienta prácticas sociales en nombre de la seguridad y el bienestar colectivo (Kahveci, 2024). A diferencia del poder soberano, que se expresaba en la capacidad de castigar o matar, el biopoder se define por su orientación a “hacer vivir”, gestionando los procesos vitales de la población. El poder ya no se ejerce exclusivamente a través de la ley y la sanción, sino que se inserta en los aspectos más cotidianos de la vida social, desde la economía hasta la salud, la educación y la seguridad.

Como ha señalado Kahveci (2024), mientras la noción foucaultiana de gubernamentalidad se orienta al análisis de las racionalidades, saberes y técnicas a través de las cuales se gobierna a las poblaciones, el concepto de poder infraestructural desarrollado por Mann remite a la capacidad efectiva del Estado para penetrar, coordinar y organizar la vida social, aun cuando dicha capacidad emerja de procesos contingentes, conflictivos y no planificados. La afinidad entre ambas perspectivas no reside, por tanto, en una concepción común del poder como racionalidad coherente, sino en que ambas permiten analizar cómo determinadas formas de gobierno se vuelven operativas y socialmente eficaces mediante dispositivos, infraestructuras y prácticas que articulan conocimiento, administración y control.

Desde esta perspectiva, la noción de gubernamentalidad ofrece un marco analítico particularmente productivo para analizar las transformaciones contemporáneas del poder estatal. Su énfasis en las tecnologías de gobierno, en la regulación indirecta de las conductas y en la centralidad del saber permite articular el análisis foucaultiano con el concepto de poder infraestructural de Mann. Esta articulación resulta clave para comprender cómo, en el contexto del capitalismo digital, las capacidades estatales se expanden mediante nuevas infraestructuras técnicas y dispositivos de conocimiento, al mismo tiempo que se reconfiguran las formas de control, legitimación y regulación social. Será en este marco donde se retomará, en el apartado siguiente, la cuestión de la gestión de la subjetividad y de los cuerpos a través de tecnologías algorítmicas propias del capitalismo digital.

4. Poder infraestructural y gubernamentalidad

Los enfoques de Michael Mann y Michel Foucault permiten analizar el poder desde perspectivas distintas pero complementarias. Mientras Mann parte de una concepción del Estado como actor relativamente autónomo, cuya eficacia depende de su capacidad infraestructural para penetrar la sociedad y ejecutar decisiones políticas (Seabrooke, 2002), Foucault concibe el poder como una relación capilar que se ejerce a través de prácticas, saberes y dispositivos sociales, y que no tiene su origen exclusivo en el Estado, aunque tiende a cristalizarse en él.

Como ha señalado Bob Jessop (2007), los trabajos tardíos de Foucault sobre gubernamentalidad y biopolítica iluminan el modo en que el poder estatal debe ser entendido no como una entidad esencial o fija, sino como el resultado histórico de prácticas de gobierno cambiantes. Desde esta perspectiva, el Estado aparece como un terreno estratégico donde se condensan relaciones de poder previamente dispersas en la sociedad, en estrecha articulación con las dinámicas de la economía política capitalista. En este sentido, Foucault sostiene que el capitalismo ha penetrado profundamente en la vida social en la medida en que requiere técnicas específicas de poder para transformar cuerpos y tiempo en fuerza de trabajo.

A pesar de sus diferencias teóricas, el poder soberano foucaultiano y el poder despótico de Mann presentan un claro parecido de familia. Ambos remiten a formas de ejercicio del poder centralizadas y coercitivas, aunque Mann (2008) subraya que el poder despótico no desaparece en las democracias liberales, sino que tiende a replegarse a medida que se expande el poder infraestructural. Para Foucault, en cambio, el desplazamiento hacia la gubernamentalidad y la biopolítica implica una reconfiguración más profunda de las formas de control, orientadas a la gestión de la vida y de la población.

Esta divergencia es particularmente relevante. Mientras Mann mantiene una visión relativamente optimista sobre las potencialidades democráticas del poder infraestructural —asociándolo a la expansión de derechos, la integración social y la posibilidad de un socialismo democrático—, Foucault adopta una mirada más escéptica, centrada en la intensificación del control sobre los cuerpos y las conductas a través de mecanismos cada vez más interiorizados. No obstante, ambos coinciden en que el poder moderno se ejerce de manera relacional, dinámica y profundamente imbricada en las estructuras sociales.

Esta convergencia analítica resulta especialmente fecunda para el análisis del capitalismo digital. La combinación del enfoque foucaultiano sobre las técnicas de gobierno y la modulación de las conductas, con el concepto manniano de poder infraestructural, permite comprender cómo las capacidades estatales se articulan hoy con infraestructuras técnicas privadas y corporativas. En este contexto, puede observarse una tendencia en la cual el Estado no pierde centralidad, sino que reconfigura su poder en alianza con plataformas digitales, potenciando nuevas formas de gobernanza, control social y gestión de las poblaciones.

Esta articulación señala una transformación cualitativa en las formas contemporáneas de gobierno. A diferencia de etapas anteriores, en las que el control social se organizaba predominantemente desde el Estado o desde el mercado, el capitalismo digital inaugura un régimen en el que ambos ámbitos se refuerzan mutuamente. Las capacidades infraestructurales del Estado ya no se sostienen exclusivamente en aparatos burocráticos propios, sino que se apoyan crecientemente en infraestructuras técnicas privadas —plataformas digitales, sistemas de procesamiento de datos, algoritmos predictivos— desarrolladas y gestionadas por grandes corporaciones tecnológicas. A su vez, estas corporaciones encuentran en el Estado un actor central para expandir, legitimar y estabilizar sus tecnologías de control y gestión de poblaciones.

Esta convergencia entre poder infraestructural estatal y gubernamentalidad algorítmica puede observarse empíricamente en el creciente uso, por parte de agencias estatales, de sistemas de análisis de datos desarrollados por corporaciones privadas. En Estados Unidos, empresas como Palantir han provisto tecnologías de vigilancia, análisis predictivo y apoyo a la toma de decisiones a organismos de seguridad, migración y defensa, integrando bases de datos públicas y privadas en tiempo real. Del mismo modo, la compra sistemática de datos personales a intermediarios comerciales (*data brokers*) por parte de agencias estatales permite al Estado acceder a información detallada sobre las conductas, desplazamientos y preferencias de los individuos sin recurrir a mecanismos clásicos de coerción o regulación legal directa (Orovitz Sanmartino, 2025).

En suma, la articulación entre poder infraestructural y gubernamentalidad ofrece un marco analítico adecuado para examinar las transformaciones contemporáneas del poder en la era del capitalismo digital, donde las lógicas estatales y algorítmicas se entrelazan en la producción de nuevas formas de dominación, legitimación y regulación social.

5. Del panóptico a la modulación: poder, subjetividad e infraestructura

Las herramientas foucaultianas permiten comprender el pasaje desde formas clásicas de disciplinamiento hacia regímenes de poder centrados en la regulación de la vida, la normalización y la gestión de las poblaciones. Sin embargo, el capitalismo digital parece ir más allá de la lógica biopolítica tal como fue formulada originalmente: no se limita a regular conductas o imponer normas, sino que captura datos, anticipa comportamientos y modula deseos en tiempo real. La clásica fórmula foucaultiana del “hacer vivir y dejar morir” se desplaza progresivamente hacia una racionalidad orientada a optimizar, predecir y dirigir.

Este desplazamiento puede leerse con particular claridad a partir del “Post-scriptum sobre las sociedades de control” de Gilles Deleuze (1990), donde se señala la transición desde las sociedades disciplinarias —estructuradas en instituciones cerradas como la fábrica, la escuela o la prisión— hacia formas de poder más fluidas, continuas y descentralizadas. En las sociedades de control, el poder ya no se ejerce principalmente mediante el encierro, sino a través de mecanismos de modulación permanente que acompañan a los individuos en movimiento, regulando su conducta de manera flexible y adaptativa. En las sociedades disciplinarias, el poder organiza y segmenta el tiempo y el espacio, mientras que en las sociedades de control, el poder opera mediante una modulación continua, por ejemplo, mediante la evaluación constante en la educación (créditos acumulativos) o en el trabajo (con métricas de productividad en tiempo real o trabajo por metas y horarios flexibles), el control ubicuo de la vida personal mediante las tarjetas de crédito, el estímulo constante de los deseos y el consumo mediante el marketing, el control espacio temporal mediante las tarjetas magnética de acceso, etc.

La noción de modulación resulta clave para pensar el presente. A diferencia del disciplinamiento, que organiza el tiempo y el espacio de forma rígida, la modulación opera de manera continua, ajustándose a los comportamientos individuales a través de evaluaciones constantes, métricas dinámicas y sistemas de retroalimentación en tiempo real. Este tipo de poder no impone límites fijos, sino que ajusta probabilidades, incentivos y trayectorias posibles.

Desde esta perspectiva, el enfoque de Michael Mann adquiere una relevancia renovada. Si el poder infraestructural refiere a la capacidad del Estado para penetrar efectivamente la sociedad mediante redes administrativas, técnicas y organizacionales, el capitalismo digital introduce

una transformación decisiva: la subjetividad misma pasa a formar parte de la infraestructura material del poder. Aunque Mann haya rechazado la incorporación de “lo social” como una quinta fuente autónoma de poder (Mann, 2008; Soifer y vom Hau, 2008), en la era de las plataformas los deseos, afectos, rutinas y preferencias individuales se convierten en insumos centrales del funcionamiento infraestructural, en la medida en que son capturados, traducidos en datos y procesados algorítmicamente.

De este modo, las redes infraestructurales ya no se limitan a carreteras, burocracias o sistemas de comunicación estatales, sino que incluyen arquitecturas digitales, bases de datos masivas y sistemas algorítmicos que integran prácticas culturales, economías del deseo y tecnologías de control. Esta mutación habilita una actualización teórica de las fuentes del poder social, al mostrar cómo los mecanismos emergentes del capitalismo digital reconfiguran —sin sustituirlas— las formas clásicas del poder político, económico, militar e ideológico.

6. Las modulaciones del capitalismo digital

La noción de gubernamentalidad algorítmica ha sido desarrollada en la literatura contemporánea para dar cuenta de formas de gobierno basadas en el procesamiento masivo de datos y la anticipación probabilística de comportamientos (Rouvroy y Berns, 2013). A diferencia de las formas clásicas de regulación normativa, este tipo de gubernamentalidad opera mediante la correlación de datos, sin necesidad de comprender causalmente los fenómenos, produciendo intervenciones orientadas a modificar conductas en tiempo real. En este sentido, no se dirige a sujetos plenamente constituidos ni requiere su interpelación, sino que actúa sobre perfiles y patrones de comportamiento, configurando de manera dinámica el campo de acción posible.

El poder algorítmico puede interpretarse como una manifestación particularmente clara de lo que Deleuze describe: un control que se adapta constantemente a cada individuo y que lo sigue a lo largo de su vida, en lugar de confinarlo en instituciones específicas. Los individuos tienden a estar crecientemente sometidos a evaluaciones, puntuaciones y predicciones que moldean sus acciones y preferencias. Cuando Deleuze (1990) describió el proceso por el que se modula a los sujetos, el mundo digital recién estaba dando sus primeros pasos y ofrecía enormes esperanzas de un espacio de libertad, creatividad colectiva y un foro democrático espontáneo del conjunto de la sociedad que incluso había pro-

ducido un movimiento de contracultura *cyber* y despertó esperanzas en algunas corrientes autonomistas (Morozov, 2013). Pero la concentración del poder por grandes corporaciones tecnológicas ha dado paso a la era del capitalismo digital o de plataformas.

Cuando hablamos de capitalismo digital, lo referimos a una etapa del capitalismo caracterizada por la centralidad de los datos como fuente de valor económico y por la creciente dependencia de las plataformas digitales para estructurar las interacciones económicas, sociales y culturales. Según Couldry y Mejías (2022), este modelo opera mediante el despojo de la narrativa, afectos y prácticas, donde los datos personales son extraídos, procesados y convertidos en recursos monetizables, profundizando las desigualdades y reconfigurando las relaciones de poder. En este contexto, los algoritmos y la inteligencia artificial no son meras herramientas técnicas, sino mecanismos centrales de gubernamentalidad algorítmica, capaces de modular comportamientos y predecir acciones individuales y colectivas en tiempo real, consolidando una infraestructura de control público-privado sin precedentes. La lógica de monetización que subyace a estos mecanismos lleva a que los algoritmos prioricen contenidos diseñados para maximizar la interacción, como la polarización y la desinformación, por encima de fomentar debates razonados, lo que contribuye a la distorsión del espacio público (Morozov, 2018)

A diferencia del panóptico, que busca vigilancia y autocontrol, el capitalismo digital captura y utiliza los deseos de las personas. Esto no se basa tanto en prohibir como en incentivar y modular, a través de diferentes técnicas, con el objetivo de incentivar comportamientos específicos. Por ejemplo, emplea recompensas (puntos, insignias, niveles) para fomentar la repetición de conductas deseadas, denominada ‘gamificación’; genera dinámicas sociales que enganchan a los usuarios mediante rankings o metas compartidas; diseña experiencias adictivas, incentivando la interacción constante con la plataforma, entre otras (Morozov, 2013, p. 297). Al respecto, Morozov agrega que

Los llamamientos al deber cívico y la responsabilidad hacia los conciudadanos han desaparecido casi por completo, y ¿por qué no habrían de desaparecer, cuando lograr que la gente haga cosas aprovechando su entusiasmo por ganar puntos, insignias y monedas virtuales es mucho más efectivo? (2013, p. 11)

Las aplicaciones también emplean ‘interfaces persuasivas’ diseñadas para maximizar el tiempo de permanencia del usuario; organizan

la información para guiar decisiones, por ejemplo, mediante botones prominentes o notificaciones persistentes; o presentan experiencias personalizadas basadas en datos del usuario, que adaptan su contenido en tiempo real para maximizar la interacción. Estos mecanismos, en una economía de la atención generalizada que alcanza a miles de millones de personas, no imponen una coerción explícita, sino que moldean imperceptiblemente las opciones disponibles y su presentación, manteniendo al usuario comprometido, al servicio de la monetización constante del comportamiento. Se presenta como la aspiración máxima de libertad, al permitir la solución tecnológica a diferentes situaciones de la vida cotidiana mediante el uso individual de la tecnología, sin necesidad de contar con instituciones públicas, lo que impulsa la ‘muerte de la política’ y del espacio público común. El ‘solucionismo tecnológico’, como lo denomina Morozov (2013), legitima soluciones superficiales y permite a las grandes corporaciones tecnológicas y gobiernos justificar medidas que afectan la privacidad, la autonomía y la democracia.

La modulación continua de las conductas encuentra su correlato directo en el capitalismo de vigilancia (Zuboff, 2020), donde algoritmos controlan y predicen el comportamiento de los usuarios en tiempo real. Los sistemas automatizados obtienen un perfil y unos patrones de comportamiento en los que incidir. El proceso algorítmico no sólo analiza estos patrones, también actúa sobre ellos en función de los intereses comerciales, dirigiendo a las personas hacia los sitios monetizables. El mercado digital ha creado un espacio donde la vigilancia y el control social han adquirido un carácter generalizado, configurando una nueva forma de autoritarismo que combina las dinámicas del mercado con la intervención estatal.

La modulación algorítmica se extiende también al mundo del trabajo, especialmente a través de las plataformas digitales. Empresas como Uber, Rappi o Glovo ejemplifican cómo el control de la fuerza de trabajo se ejerce mediante sistemas automatizados que asignan tareas, evalúan el desempeño y administran sanciones y recompensas en tiempo real. Bajo la ficción del trabajo autónomo, estas plataformas eluden regulaciones laborales clásicas mientras instauran un régimen de control constante, despersonalizado y opaco (Franco y Robles, 2022).

En lugar de disciplinar a las personas dentro de un entorno fijo, los algoritmos personalizan la experiencia digital, orientando anuncios, sugerencias y decisiones de acuerdo con el comportamiento y los datos de cada individuo. La captación de datos personales a través de la caché social y su almacenamiento para su valorización tiene importantes con-

secuencias para la sociedad. En los hechos hay una estrecha vinculación entre el capitalismo digital, la gubernamentalidad de los comportamientos y la vigilancia estatal.

La creciente concentración de poder de las plataformas depende de la emergente centralidad social de éstas, que se están convirtiendo rápidamente en infraestructuras sociales significativas. Las consecuencias sobre la vida social, institucional y la democracia son todavía desconocidas.

La capacidad estatal de penetración del tejido social, tal como lo sugirió Michael Mann, se acelera mediante la gubernamentalidad algorítmica, que permite el control en tiempo real de la vida de cada una de las personas. En este escenario, la convergencia entre capitalismo digital y poder estatal adquiere una forma inédita. La capacidad infraestructural del Estado se ve amplificada por la mediación de plataformas privadas que recolectan, procesan e infieren información sobre la vida cotidiana de millones de personas. En la actualidad, más de cinco mil millones de individuos utilizan redes sociales de manera regular, generando volúmenes masivos de datos a través de interacciones, búsquedas, desplazamientos y consumos digitales, lo que alimenta infraestructuras algorítmicas capaces de anticipar, clasificar y modular comportamientos individuales y colectivos (Couldry y Mejías, 2022; DataReportal, 2025; IDC, 2024).

Por otra parte, la vigilancia ya no se ejerce tanto mediante el espionaje selectivo, como a través del intercambio masivo y normalizado de datos en ecosistemas público-privados. La inferencia algorítmica produce datos secundarios —como perfiles políticos, crediticios o de riesgo— que escapan al control de los propios individuos y refuerzan dinámicas de desigualdad estructural. Una vez que los datos recolectados son apropiados por la máquina algorítmica y se consume el ‘despojo de la narrativa’, son inscriptos en nuevas ubicaciones sociales administradas por la estadística y la inferencia (Couldry y Mejías 2022, p. 292).

En este proceso, la infraestructura central de dicha gubernamentalidad no es producida exclusivamente por el Estado, sino que se apoya crecientemente en sistemas desarrollados por actores privados. Como señala Crain (2021), el modelo de publicidad de vigilancia constituye una infraestructura clave del capitalismo digital, en tanto organiza la recolección masiva de datos, la clasificación de poblaciones y la predicción de comportamientos a partir de fines comerciales. Estas infraestructuras, formalmente privadas, adquieren una función cuasi pública al convertirse en soportes materiales del control, la vigilancia y la gestión social, contribuyendo a una redefinición de los límites entre lo público y lo privado.

Así, la gubernamentalidad algorítmica no solo modula conductas individuales, sino que reconfigura las condiciones mismas del poder infraestructural estatal, acelerando su capacidad de penetración social y desplazando los límites entre lo público y lo privado.

El resultado es una forma de control distribuido, continuo y altamente eficaz, cuyas consecuencias para la democracia, la autonomía y la legitimidad política todavía están en pleno desarrollo, pero que ya plantea desafíos estructurales para las formas clásicas de gobernanza y ciudadanía.

En este contexto, la expansión de la gubernamentalidad algorítmica se articula con una reconfiguración del poder infraestructural del Estado, cuyas capacidades dependen crecientemente de infraestructuras técnicas desarrolladas y gestionadas por grandes corporaciones tecnológicas. Esta interdependencia configura ensamblajes público-privados en los que funciones tradicionalmente estatales —como la seguridad, la gestión de riesgos o la administración de poblaciones— se apoyan en dispositivos algorítmicos orientados a la anticipación y el control. Lejos de implicar una retirada del Estado, este proceso contribuye a consolidar formas de intervención en las que el fortalecimiento de las capacidades técnico-administrativas coexiste con un debilitamiento de los mecanismos de deliberación y legitimación democrática. En línea con lo señalado por Rouvroy y Berns (2013), se configura así una racionalidad de gobierno que tiende a operar de manera anticipatoria y opaca, reduciendo los márgenes de autonomía y desplazando el conflicto político hacia formas de gestión técnica.

7. Capitalismo digital y Estado

A lo largo del artículo, el término capitalismo digital se utiliza como una categoría analítica amplia que remite a una fase del capitalismo contemporáneo caracterizada por la centralidad de los datos, los algoritmos y las infraestructuras digitales en los procesos de acumulación económica y de organización social. Dentro de este marco general, nociones como capitalismo de plataformas y capitalismo de vigilancia no se emplean como sinónimos estrictos, sino como conceptos que enfatizan dimensiones específicas —la intermediación económica y la extracción sistemática de datos conductuales— de un mismo proceso histórico.

Resulta difícil analizar la relación entre capitalismo digital y Estado sin vincularla con el régimen de acumulación neoliberal que ha promo-

vido la concentración del capital y la consolidación de un capitalismo de plataformas. Nuestra hipótesis es que, bajo este régimen, el capitalismo de vigilancia ha permitido un salto cualitativo en la escala y la intensidad del control social, mediante técnicas de modulación, seguimiento y predicción, configurando el marco estructural del neoliberalismo autoritario contemporáneo.

Sin embargo, esta articulación entre capitalismo digital y neoliberalismo no debe entenderse como una relación lineal ni exenta de tensiones. En distintos contextos estatales, particularmente en la Unión Europea, han emergido iniciativas regulatorias orientadas a limitar el poder de las grandes plataformas, proteger derechos digitales y establecer marcos normativos para el uso de algoritmos —como el Reglamento General de Protección de Datos (GDPR), la Digital Services Act o la AI Act—. Estas dinámicas expresan conflictos reales en torno a la gobernanza del ecosistema digital y evidencian que el despliegue del capitalismo digital no es homogéneo. No obstante, dichas regulaciones tienden a operar sobre los efectos más visibles del sistema —como la privacidad, la competencia o la moderación de contenidos— sin alterar de manera sustantiva las estructuras económicas y tecnológicas que sostienen la centralidad de los datos, la concentración del poder corporativo y la lógica de monetización algorítmica.

Las tecnologías digitales, lejos de desarrollarse en función del bien común —aunque existen capacidades técnicas suficientes para fortalecer bienes públicos, ampliar la inteligencia colectiva y generar formas inéditas de riqueza social—, han sido orientadas predominantemente por la lógica de la renta algorítmica y el solucionismo tecnológico, priorizando objetivos de eficiencia y rentabilidad corporativa. Este proceso habilita formas de control cognitivo, emocional y conductual que erosionan la privacidad, la autonomía y las libertades civiles, al tiempo que se presentan como soluciones técnicas neutras a problemas sociales complejos. Como señala Ricaurte (2025), la digitalización, tal como es promovida en los marcos contemporáneos de gobernanza, opera crecientemente como un imperativo que despolitiza el conflicto social al presentar opciones normativas como problemas técnicos sin alternativas visibles.

Como señalan Andrejevic (2019) y Couldry y Mejías (2022), estas tecnologías no solo modulan comportamientos de manera indirecta, sino que pueden actuar crecientemente como herramientas directas de control y vigilancia estatal. La utilización de programas de predicción del delito, sistemas de reconocimiento facial y dispositivos de videovigilancia se ha expandido en numerosos países bajo el argumento de la

seguridad pública y la prevención del delito, articulando infraestructuras privadas de datos con capacidades estatales de control.

En este contexto, el uso de algoritmos opacos introduce el riesgo de desplazar la capacidad decisional de los funcionarios públicos hacia sistemas técnicos que operan sin control democrático efectivo, creando una distancia creciente entre las decisiones políticas y los procesos automatizados de producción de evidencia en los que dichas decisiones se apoyan (Crain, 2021; Zuboff, 2020). Este desplazamiento no elimina la responsabilidad política, pero la vuelve difusa, reforzando dinámicas de despolitización y debilitamiento de la rendición de cuentas.

El caso argentino reciente resulta ilustrativo de estas tendencias. Bajo un marco legal altamente cuestionable, el gobierno de extrema derecha ha avanzado en la legalización del monitoreo de redes sociales, el *scraping* masivo de datos y la identificación de personas en espacios públicos sin orden judicial previa.

Esta inversión del principio de presunción de inocencia no constituye una anomalía local, sino una manifestación particularmente explícita de una tendencia global que combina desregulación, securitización y expansión del control digital (Couldry y Mejías, 2022).

En la era del capitalismo de plataformas, las relaciones entre el Estado y las grandes corporaciones tecnológicas no implican una simple pérdida de poder estatal. Por el contrario, asistimos a una reconfiguración del poder infraestructural, donde el Estado se apoya en infraestructuras privadas para reforzar su capacidad de penetración social. Este proceso refuerza lo que Linda Weiss y Hobson han conceptualizado como “interdependencia gobernada”: una intensificación del poder estatal que se ejerce a través de la coordinación estratégica entre recursos públicos y privados (Weiss, 2006; Weiss y Hobson, 1995).

Ejemplos como el sistema de crédito social en China o el uso de datos provistos por corporaciones como Google o Meta por parte de agencias estatales en Estados Unidos muestran cómo la vigilancia masiva y el control de comportamientos se estructuran hoy mediante ensamblajes público-privados. Este vínculo se extiende también al monitoreo de la acción política y la protesta social, donde las plataformas digitales facilitan la identificación de actores, la cartografía de redes y la anticipación de dinámicas colectivas.

En conjunto, estas dinámicas revelan que el capitalismo digital no debilita al Estado, sino que redefine las bases materiales y técnicas de su poder, intensificando las capacidades de control y vigilancia en un contexto de creciente autoritarismo neoliberal.

8. El poder infraestructural del Estado bajo el capitalismo digital

El vínculo contemporáneo entre corporaciones tecnológicas y Estado está redefiniendo de manera profunda las modalidades del poder infraestructural. Las tecnologías digitales no sólo amplían las capacidades estatales de control y gestión social mediante formas de gubernamentalidad algorítmica que alcanzan territorios sociales y personales impensables en el momento en que Michel Foucault elaboró su analítica del poder, sino que también intensifican la articulación entre actores públicos y privados en función del seguimiento, la anticipación y la modulación de los comportamientos políticos de las poblaciones.

Aunque Michael Mann no desarrolló sistemáticamente esta dimensión tecnológica, ya advertía, en el contexto de la llamada “guerra contra el terrorismo” posterior a los atentados del 11 de septiembre de 2001, que los Estados habían promovido una expansión significativa de las técnicas de vigilancia bajo el argumento de la seguridad. En el Reino Unido, por ejemplo, la proliferación de sistemas de CCTV permitió extender la observación a prácticamente todos los espacios públicos y a numerosos ámbitos laborales y comerciales (Mann, 2008, p. 361). En la actualidad, estas prácticas se ven radicalmente amplificadas por el uso de tecnologías digitales, sistemas de inteligencia artificial y análisis automatizado de grandes volúmenes de datos.

En este marco, el poder infraestructural del Estado se fortalece en su capacidad técnico-administrativa. Las herramientas algorítmicas permiten inferir patrones de comportamiento, anticipar riesgos, optimizar la asignación de recursos y extender la implementación de políticas públicas con una precisión sin precedentes. El uso de *big data* y sistemas de inteligencia artificial ha demostrado su utilidad en contextos como la gestión de catástrofes naturales, crisis sanitarias —como la pandemia de COVID-19—, sistemas de transporte, salud pública, seguridad y servicios sociales, incrementando la eficiencia administrativa y reduciendo costos operativos.

Sin embargo, este fortalecimiento infraestructural no se traduce automáticamente en una mayor capacidad de integración social ni en un refuerzo de la legitimidad política. Bajo el régimen de acumulación neoliberal, la expansión de las capacidades técnicas del Estado ha coexistido con una erosión sostenida de sus funciones redistributivas, representativas e integradoras. Las tecnologías digitales, lejos de operar como herramientas neutrales al servicio del bienestar colectivo, tienden a insertarse en un modelo de gobernanza que prioriza la vigilancia, el control y la

gestión de riesgos, antes que la ampliación de derechos o la cohesión social.

Esta tendencia se vuelve particularmente visible en el auge del neoliberalismo autoritario. En distintos contextos nacionales, los gobiernos de extrema derecha combinan discursos de reducción del Estado y desmantelamiento de políticas sociales con un fortalecimiento selectivo de las capacidades de control y coerción. Durante la administración de Donald Trump, por ejemplo, se expandieron las capacidades tecnológicas de agencias como el *Immigration and Customs Enforcement* (ICE) para rastrear y deportar migrantes, mientras se recortaban programas de asistencia social. En Brasil, bajo el gobierno de Jair Bolsonaro, se priorizó el uso de tecnologías de monitoreo en el ámbito de la seguridad pública, en paralelo al debilitamiento de políticas sociales y ambientales. En Argentina, la administración de Javier Milei ha avanzado en el desmantelamiento de programas de inclusión social mientras impulsa un sistema ampliado de vigilancia, rastreo e identificación mediante videovigilancia y reconocimiento facial, bajo la órbita del Ministerio de Seguridad. En todos estos casos, el poder infraestructural se refuerza en su dimensión de control, pero se desvincula de un proyecto de integración social, profundizando una forma de estatalidad orientada a la coerción antes que a la legitimación democrática.

Desde una perspectiva analítica, el concepto de poder infraestructural desarrollado por Michael Mann permite comprender esta reconfiguración. Dicho poder combina, por un lado, la capacidad del Estado para implementar decisiones a través de redes organizativas, administrativas y materiales, y, por otro, su capacidad para sostener legitimidad política mediante mecanismos de integración social, representación y participación. En el contexto actual, estas dimensiones no desaparecen, pero se rearticulan de forma desigual: mientras las capacidades técnicas y administrativas se expanden aceleradamente, las bases político-legitimadoras del Estado se debilitan, en un contexto marcado por la degradación de los mecanismos democráticos y el avance de dinámicas autoritarias (Brown, 2018; Bruff, 2014; Streeck, 2017).

Desde los atentados del 11 de septiembre de 2001, el paradigma del “Estado de seguridad” ha legitimado la ampliación de poderes estatales bajo la excusa de la amenaza permanente. Este proceso se ve reforzado por la colaboración estructural entre el Estado y las grandes corporaciones tecnológicas, que proveen infraestructuras, datos y herramientas de análisis indispensables para las nuevas formas de vigilancia. Estas dinámicas no sólo erosionan las instituciones democráticas, sino que crean las

condiciones para que fuerzas políticas autoritarias capitalicen el descontento social y promuevan modelos de gobernanza basados en el control y la exclusión.

Hasta aquí, el análisis se ha centrado en el fortalecimiento y las tensiones del poder infraestructural del Estado en relación con la gobernanza de sus poblaciones. Sin embargo, estas transformaciones no se agotan en el plano interno. El capitalismo digital también reconfigura el poder infraestructural del Estado en el plano geopolítico, particularmente en lo que respecta al control de las infraestructuras digitales críticas y a las condiciones contemporáneas de la soberanía tecnológica.

La creciente concentración de infraestructuras clave —como los servicios de computación en la nube, el almacenamiento de datos y los sistemas de inteligencia artificial— en manos de un reducido número de corporaciones, radicadas principalmente en Estados Unidos y China, ha generado nuevas formas de dependencia tecnológica. Muchos Estados, especialmente en el sur global, han perdido control directo sobre infraestructuras fundamentales para la administración pública, los sistemas financieros, la salud, la energía y las telecomunicaciones. Esta dependencia no sólo incrementa los riesgos en términos de ciberseguridad y espionaje, sino que limita la capacidad estatal de intervenir autónomamente en áreas estratégicas.

En este sentido, se configura una dualidad adicional del poder infraestructural: mientras la capacidad de control estatal sobre las poblaciones se fortalece mediante tecnologías de vigilancia y administración digital, dicha capacidad se debilita en el plano geopolítico debido a la subordinación a infraestructuras tecnológicas extranjeras. Esta contradicción ha impulsado a numerosos Estados a desarrollar estrategias orientadas a reforzar su soberanía tecnológica. Un ejemplo relevante es el proyecto GAIA-X impulsado por la Unión Europea, que busca reducir la dependencia de proveedores estadounidenses y asiáticos mediante una infraestructura de datos alineada con altos estándares de seguridad y privacidad, en consonancia con el Reglamento General de Protección de Datos (GDPR). De manera similar, países como Francia y Alemania han implementado políticas activas para proteger infraestructuras digitales críticas y promover el desarrollo de tecnologías locales.

Estos procesos ponen de relieve que la globalización y el capitalismo digital operan de manera ambivalente: restringen ciertas capacidades estatales, pero al mismo tiempo habilitan nuevas formas de intervención, aprendizaje y adaptación. En este sentido, cuando Mann sugiere un debilitamiento del poder infraestructural, parece estar refiriéndose

más a la erosión de las capacidades político-legitimadoras del Estado que a una pérdida general de sus capacidades técnico-administrativas.

Como señala Bob Jessop, las capacidades estatales no constituyen recursos fijos ni neutrales, sino que dependen de relaciones sociales de poder mediadas por instituciones, discursos y tecnologías gubernamentales, así como por actores que operan más allá de los límites formales del Estado y actúan como multiplicadores —o bloqueadores— de su acción (2019, p. 99). Desde esta perspectiva, el capitalismo digital no debilita simplemente al Estado, sino que reconfigura de manera desigual sus capacidades, acelerando sus funciones técnicas y de control mientras erosiona las bases de legitimidad democrática construidas en el período de posguerra. Esta reconfiguración, lejos de ser homogénea, exige análisis situados que permitan distinguir la diversidad de trayectorias estatales y formas de neoliberalismo en juego (Jessop, 2018).

9. Legitimidad y poder del Estado

La dualidad constitutiva del poder infraestructural del Estado —entre su dimensión técnico-administrativa y su dimensión político-legitimadora— resulta clave para comprender las transformaciones contemporáneas del Estado bajo el neoliberalismo autoritario. En el contexto actual, no asistimos a una simple expansión del control estatal ni a una mera retirada del Estado frente al mercado, sino a una reconfiguración profunda de las bases sobre las cuales se ejerce y legitima el poder político.

Michael Mann nunca estableció una distinción analítica estricta entre ambas dimensiones del poder infraestructural, pero su obra permite comprenderlas como inseparables. La capacidad del Estado para penetrar la sociedad y ejecutar decisiones depende tanto de sus redes organizativas y materiales como de su inserción social y de los mecanismos de representación y consentimiento. Desde fines del siglo XIX hasta la consolidación del Estado de bienestar, el fortalecimiento del poder infraestructural estuvo estrechamente vinculado a la expansión de la ciudadanía social, la integración de las clases subalternas y la institucionalización del conflicto político.

Sin embargo, Mann sostiene que este proceso alcanza un punto de inflexión a partir de la crisis del Estado de bienestar en la década de 1970. El debilitamiento de los compromisos de clase, el estancamiento de los partidos de masas y de los sindicatos y la erosión de las deman-

das de ciudadanía social marcan el inicio de una transformación en la relación entre Estado y sociedad. Aunque Mann no desarrolla sistemáticamente la dimensión político-legitimadora del poder infraestructural, su análisis presupone que dicha dimensión es condición de posibilidad de la “interdependencia gobernada”, mediante la cual el Estado actúa a través de la sociedad al mismo tiempo que es controlado por ella.

Bajo el neoliberalismo, esta relación se altera de manera sustantiva. La creciente concentración del poder económico reconfigura las bases de la legitimidad democrática. En *Incoherent Empire*, Mann advierte que, en contextos como el de Estados Unidos, la desigualdad creciente, la financiarización de la política y la concentración mediática amenazan con subordinar las esferas política e ideológica al poder del capital. Esta tendencia se profundiza en los países sometidos a programas neoliberales, donde la expansión del mercado suele ir acompañada de una ampliación de la desigualdad y de la captura de recursos estratégicos por parte de capitales transnacionales (Mann, 2005).

En este marco, el debilitamiento de la dimensión político-legitimadora del poder infraestructural no conduce a una reducción de la capacidad estatal, sino a su reconfiguración. La pérdida de legitimidad democrática no es compensada mediante una renovación de los mecanismos de representación, sino mediante el fortalecimiento de capacidades técnico-administrativas orientadas al control, la vigilancia y la gestión de riesgos. Las tecnologías digitales y algorítmicas se integran a este proceso no como simples herramientas instrumentales, sino como elementos centrales de una nueva racionalidad de gobierno que privilegia la eficiencia, la seguridad y la previsión por sobre la deliberación política.

Resulta fundamental subrayar que esta dinámica no responde a una relación causal simple entre vigilancia algorítmica y autoritarismo neoliberal. Más bien, ambos procesos coevolucionan y se refuerzan mutuamente en una convergencia estructural. La disponibilidad de tecnologías de control masivo, análisis predictivo y modulación de conductas encuentra un terreno fértil en un contexto político caracterizado por la erosión de la legitimidad democrática, mientras que el neoliberalismo autoritario halla en estas tecnologías una forma eficaz de gestionar el conflicto social, no suprimiendo la represión, sino integrándola a un régimen de modulación, vigilancia y anticipación algorítmica que pueden habilitar formas de coerción más focalizadas, preventivas y políticamente menos visibles.

El resultado es una forma de poder estatal en la que la dimensión técnico-administrativa del poder infraestructural se expande, mientras

su dimensión político-legitimadora se debilita. Este desequilibrio permite comprender las bases del neoliberalismo autoritario contemporáneo, caracterizado por la concentración del poder ejecutivo, el debilitamiento de los sistemas de representación, la normalización de estados de excepción y la creciente subordinación de la política a imperativos técnicos y de seguridad. En este contexto, la articulación entre Estado y plataformas digitales contribuye a consolidar una forma de gobernanza que combina control algorítmico, despolitización del espacio público y mercantilización creciente de la vida social. Como advierte Valeriani (2023), este proceso no opera principalmente mediante la supresión directa del conflicto, sino a través de su traducción en problemas técnicos de seguridad, moderación y eficiencia, desplazando así la disputa política hacia infraestructuras privadas que gestionan la visibilidad, la participación y el disenso.

10. Conclusiones

El concepto de poder infraestructural desarrollado por Michael Mann se encuentra estrechamente vinculado a un horizonte normativo democrático. Como ha señalado John Hall (2006), el universo analítico de Mann está atravesado por una expectativa histórica de convergencia entre democracia liberal, expansión de derechos y capacidades estatales crecientes (p. 34). En sus análisis de largo plazo sobre las fuentes del poder social, Mann ofrece una de las reconstrucciones más sólidas sobre la morfología histórica del poder, mostrando cómo sus configuraciones emergen de procesos contingentes pero estructurados, y cómo el Estado moderno logró articular, durante la posguerra, capacidades infraestructurales con mecanismos de integración social y legitimación democrática.

Sin embargo, el análisis desarrollado en este artículo sugiere que las condiciones históricas que hicieron posible esa articulación se encuentran profundamente erosionadas en el contexto del capitalismo digital. Lejos de consolidar un nuevo compromiso social en torno al bien común, las crisis recientes —la financiera de 2008, la pandemia y la intensificación de los conflictos geopolíticos— han acelerado procesos de desregulación, concentración de poder económico y debilitamiento de los mecanismos de representación democrática. En este escenario, las tecnologías digitales, surgidas de dinámicas de acumulación capitalista y potenciadas por inversiones estatales con fines geopolíticos y de seguri-

dad, no operan como fuerzas exógenas al Estado, sino como infraestructuras centrales en la reconfiguración contemporánea del poder.

Los resultados del análisis permiten sostener la hipótesis planteada en la introducción: bajo el capitalismo digital, las lógicas algorítmicas de monetización refuerzan la dimensión técnico-administrativa del poder infraestructural del Estado —ampliando su capacidad de vigilancia, gestión de datos y modulación de conductas— al tiempo que erosionan su dimensión político-legitimadora. Este proceso contribuye a la deformación del espacio público, a la despolitización del conflicto social y a la consolidación de dinámicas propias del neoliberalismo autoritario.

No se trata, sin embargo, de una relación causal unidireccional entre vigilancia algorítmica y autoritarismo. El análisis ha mostrado que ambas dinámicas deben entenderse como el resultado de una convergencia histórica entre un régimen de acumulación basado en datos y una racionalidad de gobierno orientada al control, la anticipación y la gestión técnica de las poblaciones. En este marco, las tecnologías algorítmicas no sustituyen la represión, sino que la reconfiguran, habilitando potencialmente formas de control selectivo, preventivo y políticamente menos visibles (Andrejevic, 2019; Zuboff, 2020).

Desde esta perspectiva, la intuición de Mann acerca del riesgo de reunificación entre poder despótico e infraestructural adquiere una renovada actualidad. En las democracias contemporáneas, el fortalecimiento de las capacidades estatales ya no se orienta prioritariamente a la integración social o a la ampliación de derechos, sino a la administración del conflicto y a la estabilización de un orden profundamente desigual. El Estado no desaparece ni se debilita sin más, puede entenderse como un nodo estratégico de articulación entre infraestructuras técnicas privadas y dispositivos de gobierno público, reforzando su capacidad de intervención sobre los individuos mientras pierde anclajes de legitimidad democrática.

En este sentido, el aporte central del artículo consiste en proponer una articulación teórica entre el concepto de poder infraestructural, la noción foucaultiana de gubernamentalidad y la literatura crítica sobre capitalismo digital, que permite comprender las transformaciones contemporáneas del poder estatal más allá de enfoques que analizan aisladamente al mercado, al Estado o a la tecnología. Comprender esta convergencia resulta clave para pensar los desafíos actuales de la democracia y para evaluar los límites normativos y políticos de las nuevas capacidades estatales en la era del capitalismo de plataformas.

Referencias bibliográficas

- Andrejevic, M. (2019). *Automated Media: The Politics of Algorithms and the Contentious Future of Digital Platforms*. Routledge.
- Brown, W. (2018). *El Pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso.
- Bruff, I. (2014) The Rise of Authoritarian Neoliberalism. *Rethinking Marxism: A Journal of Economics, Culture & Society*, 26(1), 113-129. <https://doi.org/10.1080/08935696.2013.843250>
- Couldry, N. y Mejías, U. (2022). *El costo de la conexión*. Ediciones Godot Libro digital.
- Crain, M. (2021). *Profit over Privacy*. University of Minnesota Press.
- DataReportal (2025). *Digital 2025: Global Overview Report*. Singapore: Kepios / We Are Social. <https://www.datareportal.com>
- Deleuze, G. (1999[1990]). Post-scriptum sobre las sociedades de control. En *Conversaciones 1972–1990* (pp. 5-9). Pre-Textos.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Fondo de Cultura Económica.
- Franco, L. y Robles, G. (2022). Authoritarian Neoliberalism from Below: Subjectivity and Platform Capitalism in Argentina and Brazil. En International Research Group on Authoritarianism and Counter-Strategies (Ed.), *Global Authoritarianism* (pp. 99–118). Bielefeld Transcript Verlag. <https://doi.org/10.14361/9783839462096-008>
- Goldstone, J. A. (2006). A Historical, not Comparative Method: Breakthroughs and Limitations in the Theory and Methodology of Michael Mann's Analysis of Power. En J. A. Hall y R. Schroeder (Eds.), *An Anatomy of Power: The Social Theory of Michael Mann* (pp. 263–282). Cambridge University Press.
- Hall, J. A. (2006). Political Questions". En J. A. Hall & R. Schroeder (Eds.), *An Anatomy of Power: The Social Theory of Michael Mann* (pp. 33–55). Cambridge University Press.
- IDC (2024). *Worldwide Global DataSphere Forecast, 2024–2028*. Framingham, MA: International Data Corporation.
- Jessop, R. (2007). From Micro-powers to Governmentality: Foucault on Statehood, State Formation, Statecraft and State Power. *Political Geography*, 26(1), 34–40. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2006.08.002>
- Jessop, R. (2018). Capitalismo: ¿diversidad, variedad o abigarramiento? En V. R. Fernández y M. Ebenau (Eds.) *Variedades de capitalismo entre centro y periferia. Miradas críticas desde América Latina* (pp. 15-30). Miño y Davila-Instituto de Investigaciones de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral (IHuC-So), UNL-CONICET.

- Jessop, R. (2019). *El Estado. Pasado, presente y futuro*. Editorial Prometeo.
- Kahveci, T. (2024). Comparison of Michel Foucault's 'Governmentality' and Michael Mann's 'Infrastructural Power'. *Birey ve Toplum Sosyal Bilimler Dergisi*, 14(1), 44-60. DOI: 10.20493/birtop.1429476
- Mann, M. (2005). *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*. Cambridge University Press.
- Mann, M. (2007). El poder autónomo del estado: Sus orígenes, mecanismos y resultados. *Relaciones Internacionales*, 5, 87-129. <https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales/issue/view/526/601>
- Mann, M. (2008). Infrastructural Power Revisited. *Studies in Comparative International Development*, 43, 355-365. DOI: 10.1007/s12116-008-9027-7
- Morozov, E. (2013). *To Save Everything, Click Here: The Folly of Technological Solutionism*. Public Affairs.
- Morozov, E. (2018). *Big Tech. A Ascensão dos Dados e a Morte da Política*. Ubu Editora.
- Orovitz Sanmartino, J. (2025). Tecnología, vigilancia y poder en la era del neoliberalismo autoritario. *Jacobin Latinoamérica*. <https://jacobinlat.com/2025/07/tecnologia-vigilancia-y-poder-en-la-era-del-neoliberalismo-autoritario/>
- Ricaurte, P. (2025). The Digitalization Imperative. *Dialogues on Digital Society*, 1(1), 12-17. <https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/29768640241262263>
- Rouvroy, A. y Berns, T. (2013). Gouvernementalité Algorithmique et Perspectives D'Émancipation. *Réseaux*, 177, 163-196. DOI: 10.3917/res.177.0163
- Seabrooke, L. (2002). *Bringing Legitimacy Back into Neo-Weberian State Theory and International Relations*. Australian National University, Department of International Relations, Research School of Pacific and Asian Studies. <https://openresearch-repository.anu.edu.au/bitstream/1885/40628/3/02-6.pdf> [Consultado el 26 de enero de 2025].
- Soifer, H. (2008). State Infrastructural Power: Conceptualization and Measurement in Empirical Analysis'. *Studies in Comparative International Development*, 43(3-4), 231-251 (November).
- Soifer, H. y vom Hau, M. (2008). Unpacking the Strength of the State: The Utility of State Infrastructural Power. *Studies in Comparative International Development*, 43(3-4), 219-230. <https://doi.org/10.1007/s12116-008-9030-z>
- Streeck, W. (2017). *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*. Traficantes de sueños.
- Valeriani, A. S. (2023). *Navigating Surveillance Capitalism: A Critical Analysis through philosophical perspectives in Computer Ethics*. Preprint en arXiv. DOI: 10.48550/arXiv.2305.03787.
- Weiss, L. (2006). Infrastructural Power, Economic Transformation, and Globalization. En J. A. Hall & R. Schroeder (Eds.), *An Anatomy of Power: The Social Theory of Michael Mann* (pp. 167-186). Cambridge University Press.

Weiss, L. y Hobson, J. M. (1995). *States and Economic Development: A Comparative Historical Analysis*. Polity Press.

Zuboff, Sh. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia: La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Paidós Ibérica.